

## LA PETACA

El presbítero Amadeo Fernández Soutullo regentaba, hacía largos años, la parroquia de Vilar das Tres, un arrabal orensano poblado por gente humilde. El curato era pobre, y no daba para cubrir los gastos de un coadjutor, cosa que le hizo constar el obispo al darle posesión de la plaza.

*—Haga usted lo que pueda —le dijo—; y recuerde que Nuestro Señor empezó con mucho menos.*

Y don Amadeo -así le llamaban sus feligreses- hizo lo que pudo. Que no fue poco, pues gracias a su actividad, funcionaban todas las secciones parroquiales, ya que tuvo la habilidad de hacerse querer por la gente buena que nunca falta. Dos maestras beneméritas enseñaban por las noches a leer y escribir a los adultos carentes de instrucción; Cáritas allegaba los recursos necesarios para solventar las necesidades de los pobres de la zona; la Legión de María cumplía con su función de visita a los enfermos y solitarios; y el grupo de catequistas era, con razón, el orgullo de don Amadeo, por su dedicación a expandir la doctrina; y lo mismo podría decirse del grupo de Adoración Nocturna, de poca gente, pero escogida y curtida en la fe y el hábito de la oración.

Y en todo este prodigio, tuvo una parte muy importante la personalidad del virtuoso sacerdote, el cual era por completo ajeno al tan arraigado "vicio" del clero galaico, que es el amor al dinero. Porque hay que señalar que don Amadeo, hacía honor a su nombre; primero amaba a Dios sobre todo, y luego al prójimo como a sí mismo. Todos sabían que los que a él acudían, siempre salían remediados, aunque los recursos fuesen escasos; y también sabían de su bondad y condescendencia, que eran algo completamente natural en él. Por eso, no era extraño que el amable clérigo gozase de general aprecio y estimación.

Habían transcurrido veinte años desde su toma de posesión, y la única ayuda de que había dispuesto se resumía en un nombre, Efrén, un anciano, silente y eficaz sacristán, que había abandonado el mundo hacía dos años, con el correspondiente pesar del párroco, que siempre lo tenía presente en sus oraciones, y confiaba en la clemencia divina, que sin duda habría dispuesto lo mejor para el alma de su buen sacristán. El sustituto que vino a ocupar el lugar del difunto era un hombre joven, algo dispuesto y hablador, llamado Claudio, al que don Amadeo, propenso como era a ver siempre el bien de Dios en todo y en todos, disculpaba sus salidas de tono, e incluso, su desenvoltura para "contabilizar" las limosnas, a las que siempre sisaba la correspondiente alcabala. No era mucho, dos o tres "pesos" a lo sumo, para comprar "Peninsulares" y tomarse unas "tazas" en la tasca de Severo. Un día, don Amadeo se lo dijo con toda su bondad...

*—Claudio, puedes coger lo que necesites sin esconderte. Los servidores de la Iglesia no debemos ocultarnos nada.*

El otro calló y siguió como si tal cosa. Claudio era así. Y el sacerdote pensó que el "defectillo" se veía de sobras compensado con su actitud servicial y su buena voluntad. El tiempo iría limando las aristas de su carácter, que como el de todos en la juventud, propende al exceso y la ligereza, que el paso de los años, indefectiblemente acaba puliendo. don Amadeo, también era así.

Un buen día, el sacerdote decidió "quitarse" de fumar. Y con mucho trabajo y privación, acompañados de las correspondientes oraciones a San Nicolás de Bari -santo predilecto de don Amadeo- consiguió que su voluntad venciese al nefasto y perjudicial hábito. Entonces, guardó en un cajón de la mesa del despacho, el único bien personal que poseía: una pitillera que su buena y querida hermana, ya difunta, que había cuidado de él -era huérfano desde la primera infancia-, le había obsequiado el día que cantó la primera misa. El tiempo y el uso habían dotado a la petaca de ésa pátina de la buena plata de ley, casi borrado la cruz, el nombre Amadeo, y la fecha de aquel inolvidable día, grabados sobre el metal.

Un buen día, Claudio, que en ausencia del sacerdote había "fiscado" en los cajones de la mesa, la vio. Y le gustó. Entonces comenzó sin prisa, pero sin pausa, el acoso y derribo de la voluntad del clérigo, que era berroqueña, pero que la persistencia del sacristán, igualmente acerada, esperaba doblegar.

*—Debería limpiar la petaca— le dijo un día— Está completamente negra*

*—No está negra. Es plata de ley—* contestó don Amadeo mosqueado.

*—A mí me lo pareció...*

*—Y...¿cómo te has fijado en eso?*

*—Buscando unos impresos para certificados de bautismo—* contestó Claudio, que tenía respuesta para todo.

Un día que estaba brillantando el cáliz -de latón- Claudio dijo:

*—Es una pena que una petaca de plata esté más sucia que éste copón, que no vale nada...*

Don Amadeo guardó prudente silencio. En otra ocasión, cuando estaban ambos en la sacristía después de celebrar, el sacristán, sacando ostentosamente el paquete de tabaco, dijo:

*—Es una pena que a mí se me arruguen los cigarrillos en el bolsillo, mientras hay petacas abandonadas, que no sirven para nada.*

*—Los cigarrillos están bien dentro del paquete, Claudio, yo no los vi arrugados...*

Otra vez, cuando el cura charlaba con el maestro de Quintela, y se excusó de ofrecerle tabaco por haber dejado el hábito, Claudio, que andaba por allí, dijo todo servicial:

*—Don Amadeo...¿quiere que mire en la petaca a ver si por casualidad quedó algún pitillo suelto?*

Al sacerdote ganas le dieron de responder a Claudio que si quería obsequiar al feligrés le ofreciese de su propio tabaco, pero se contuvo y pensó que el sacristán lo hacía por deseo de agradar. Siempre se debe pensar bien.

La verdad es que, igual que la gota pertinaz acaba por horadar la piedra más dura, los "asaltos" de Claudio, fueron haciendo mella en el ánimo del clérigo. Naturalmente, a ello contribuyó la bondad de éste último, porque comenzó a preguntarse qué sentido tenía que guardase un objeto que no utilizaba; y que si bien tenía un apreciable componente sentimental, no era menos cierto que ahora, que estaba solo en el mundo, podía decirse que lo más próximo que don Amadeo tenía a una familia, era, precisamente, Claudio, con todos sus defectos y virtudes -el sacerdote quería pensar que las atesoraba, pero que tenía "pudor" de mostrarlas-. De modo que pensó que el egoísmo es defecto indigno de aquellos que dedican su vida a los demás, y recordó aquello de "No atesoréis oro ni plata..." Y tomó su decisión.

Un domingo, cuando Claudio le ayudaba a desvestirse después de misa de once, le dijo:

*—He pensado, Claudio, que podrías limpiar la pitillera.*

*—¿Y luego?... Preguntó el otro sorprendido.*

*—Hombre, si la vas a usar, mejor que sea limpia...¿no?*

*—¡Sí, señor cura! ¡No sabe cuánto se lo agradezco!*— dijo mientras se iba al cajón, lo abrió y se apoderaba de preciado objeto.

El clérigo experimentó una sensación mixta de pesar y alegría. El primero al recordar a su pobre hermana, que sin duda apreciaría desde el cielo la intención que ponía, al privarse de su más preciado y único recuerdo. La segunda al ver la fruición ilusionada con que el sacristán contemplaba la petaca de plata vieja en sus manos, la abrió y comenzaba a meter en ella los cigarrillos que extraía de una mugrienta cajetilla.

Y la vida siguió su curso en la pacífica y aislada barriada, siempre con la misma rutina, los mismos feligreses, y el amable párroco que los atendía y confortaba desde hacía décadas. Hasta que una oscura tarde de diciembre, que don Amadeo dedicaba a administrar

el sacramento de la penitencia, percibió a través de la rejilla del confesionario la agradable cara de Merchi, una de sus más aguerridas catequistas, la cual manifestó su deseo de recibir consejo sobre una cuestión trascendental.

—*Dime, hija mía*— preguntó el sacerdote.

—*Se trata, padre, de un asunto de conciencia. La verdad es que, dadas las circunstancias, creo que lo mejor es que usted me oriente.*

—*A ver...*

—*Hace un año que tengo novio...*

—*Eso está muy bien, hija...*

—*Sí, pero me pide algo que...*

—*Adelante, hija mía.*

—*Me insiste para que sea suya...antes de casarnos*— dijo Merchi con evidente incomodidad.

—*Piensa, hija, que el verdadero amor se purifica y ennoblece con la contención de las bajas pasiones*— amonestó, prudentemente, el clérigo.

—*Sí, padre, pero es que dice que...si nos queremos, lo mismo da que lo hagamos antes que después; que lo que vale es la intención de casarnos...*

—*Eso no es así; el sacramento del matrimonio santifica las relaciones y dignifica a los contrayentes. No da igual. Encomiéndate a la Santísima Virgen, y dile a tu novio que si de verdad te ama como dice, sabrá respetar tu reserva.*

—*No lo crea, padre. Es muy insistente y persuasivo.*

—*Pero...¿quién es ése sátiro atrevido?* —don Amadeo no se pudo contener, aunque inmediatamente se arrepintió del calificativo "sátiro".

—*Padre...me es muy incómodo citar a quien no está presente*— Merchi se resistía.

—*Piensa que estás hablando con Dios. Yo no cuento. Y lo que digas, no ha de salir de aquí.*

—*Bien...; se trata de Claudio.*

—*Claudio...¿qué más?*— quiso saber el confesor.

—*Usted lo conoce, padre. Es "su" ayudante...*

Don Amadeo contuvo un respingo. En la oscuridad interior del confesionario, la penitente no pudo advertir su expresión. Pero cuando habló, Merchi pudo percibir su desaliento.

—*Hija mía* —suspiró el buen sacerdote—; *¡date por jodida!*

*es.humanidades.literatura*  
*16 diciembre 2006*